

## EL REARME INGLES

El rearme, como todos los grandes cambios ocurridos en la política británica, se debe probablemente a causas diversas, de las que las financieras son ciertamente muy importantes, pero no exclusivamente determinantes. Lo que se concretó en Londres tiene sus causas más amplias en la crisis del Canal de Suez. El hecho de que Washington ordenara simplemente el regreso del Cuerpo expedicionario francobritánico hirió fuertemente el orgullo nacional, tanto de los ingleses como de los franceses, creando un resentimiento que no será fácil de subsanar. Todo sería mucho más fácil si no existieran las inevitables consecuencias de carácter económico, cuyo grado y alcance aún no se pueden prever hoy en día, y que exacerbaron el peligroso antiamericanismo que existía inconscientemente en la población desde años atrás.

A pesar de las transformaciones radicales ocurridas en el mundo desde el fin de la última guerra es lo cierto que tanto Inglaterra como Francia se han considerado siempre como potencias capaces de maniobrar de modo autónomo. El que esto había dejado de ser cierto desde tiempo atrás era evidente para todo aquel que observara el curso del mundo sin prejuicios. Pero es particularmente difícil para una nación que ama la tradición el incorporarse a una época completamente diferente. Este tipo de naciones casi nunca despierta por sí mismo a la realidad, sino que son las demás naciones las que las arrancan del sueño. Y, de acuerdo con sus características nacionales, reaccionan de manera diversa. Desde siempre se rodearon los ingleses, en situaciones parecidas, de un silencio misterioso, actuando en silencio, y aduciendo para sus resoluciones otros motivos que los verdaderos.

Dentro del pacto de la N. A. T. O., los Estados Unidos sólo se han comprometido a la defensa de aquellos intereses que creen tener en común con nosotros, los europeos. Esta actitud puede parecer de momento muy lógica. Pero no ha sido siempre así,

pues parece como si en nuestra época se hubiera olvidado el concepto de los «pactos de protección y fidelidad mutuas», que significaban una actitud solidaria mutua y bilateral. Así ocurrió que en 1914, el Reich alemán apoyó a la Monarquía austro-húngara, aun cuando en el conflicto de Viena con Belgrado se trataba de un asunto en el que Berlín apenas estaba interesado. El pacto de Munich (1938), en que Francia prescindió de sus aliados, aflojó considerablemente el concepto de la fidelidad al pacto suscrito. En aquel momento pareció ser más importante el evitar un conflicto, que probablemente no hubiera surgido jamás y que —en todo caso— no hubiera tenido las consecuencias tan trágicas que tuvo, la guerra que se inició un año más tarde, que salvaguardar el sistema de seguridad europeo. A fin de conseguir ventajas momentáneas se hicieron concesiones que, en un primer instante, parecieron baratas pero que a la larga comprometieron gravemente nuestro futuro. Es cierto que aquí se podría hacer la objeción de que precisamente los «pactos de protección y fidelidad mutuas» conducen fácilmente a guerras generalizadas, pero a este argumento se puede contestar diciendo que los pactos limitados se pueden disolver fácilmente.

Sea lo que sea, para un americano, Europa no es en el fondo más que una cabeza de puente adelantada, muy importante para su seguridad, y, por ello, su enlace con Europa se limita a la defensa de esta cabeza de puente. La cabeza de puente francesa en Africa del Norte o los bastiones ingleses del Oriente Medio, decisivos para la seguridad inglesa, preocupan a los americanos más bien poco y, en todo caso, en un sentido muy distinto que a nosotros. Consideran como un entorpecimiento peligroso, o al menos molesto, que sus aliados se mezclen en conflictos de este tipo. Apenas tienen en cuenta que la pérdida de estos espacios ha de tener inevitablemente consecuencias en la situación política —y por ende en las finanzas— de ambos países, consecuencias que en último extremo se reflejan en un debilitamiento del Pacto Atlántico. La grieta que se ha abierto en la Comunidad atlántica se debe principalmente a las diferencias de concepto frente a los problemas de ultramar entre el Viejo y el Nuevo Mundo. Lo quieran en Washington o no, el hecho es que la existencia de Inglaterra y Francia está estrechamente relacionada con sus intereses de ultramar. Las esperanzas que se pusieron en una decisión sabia de las Naciones Unidas fueron defraudadas también. No es de

extrañar, pues, que, en tales circunstancias, se considere la influencia americana tanto en Londres como en París como un freno. Lo que la Gran Bretaña busca en el rearme es —ante todo— el recuperar su libertad de acción militar y política.

Estas consideraciones serían incompletas si no se añadiera otro factor que tuvo una importancia decisiva en el rearme. Cuando, en julio de 1956, el Coronel Nasser nacionalizó el Canal de Suez tenía la Gran Bretaña, sólo en Europa, un ejército de 320.000 hombres, de los que 230.000 estaban estacionados en Inglaterra y los restantes 90.000 en Alemania. A esto hay que sumar la Aviación, que sumaba 250.000 hombres, y la Armada con sus 133.000 marinos, o sea, un total de 703.000 hombres (1).

A pesar de este despliegue de fuerzas se tardó tres meses —en la era de la aviación y de la navegación modernas— en poner a punto en Malta y Chipre los 20.000 hombres de la Expedición de Suez. ¿No es esto una muestra palpable de un ejército completamente «desorganizado»? No deja de ser interesante que citemos aquí que, cuando Napoleón recibió en 1798 la orden de desembarcar en Egipto, sucedió que sus veleros salieron de Tolón

(1) EFECTIVOS BRITÁNICOS EN 1956:

	<u>Hombres</u>
<i>Europa.</i> —En las Islas Británicas, dos divisiones incompletas de infantería, así como diversos servicios auxiliares ... ..	230.000
<i>Alemania.</i> —Dos divisiones acorazadas, dos divisiones de infantería y una brigada (Berlín) ... ..	90.000
<i>Gibraltar y Malta</i> ... ..	5.000
<i>Libia.</i> —Una división acorazada incompleta ... ..	10.000
<i>Jordania.</i> —Una sección acorazada más una compañía de infantería ... ..	1.000
<i>Chipre.</i> —Diez batallones de infantería ... ..	18.000
<i>Adén.</i> —Un batallón de infantería más una compañía acorazada.	1.000
<i>Africa Oriental.</i> —Un batallón de infantería reforzado más cuerpo de camelleros, etc. ... ..	2.000
<i>Malaya.</i> —Ocho batallones de infantería ... ..	14.000
<i>Hong-Kong</i> ... ..	11.000
<i>Corea.</i> —Un batallón de infantería reforzado ... ..	2.000
<i>Indias Occidentales</i> ... ..	1.000

A estas tropas hay que añadir 50.000 Ghurcas así como las unidades de color. En Malaya hay también estacionados ocho batallones australianos de infantería que ahora han sido llevados a Chipre.

el 19 de mayo llevando a bordo 46.000 hombres y anclaron en Alejandría el 1.º de julio.

Muchos británicos piensan con nostalgia en los tiempos de la Reina Victoria cuando su pequeño ejército profesional lograba éxitos tan resonantes. ¿Qué sucedería —se pregunta Londres— si se volviese a este sistema, que demostró ser eficaz? Esta organización debería ser aún más factible en nuestros días, puesto que los medios modernos de transporte así como las armas modernas multiplican el valor combativo de una tropa. Es natural que en las posesiones de ultramar no se podría prescindir por completo de un ejército estacionario, pero si se mantuviese una reserva de gran capacidad de maniobra y siempre a punto de entrar en combate, debería ser más fácil intervenir en las diversas partes del Imperio, según lo exigiese la necesidad. Parte de estas tropas quedaría estacionada en Inglaterra, y otra en Kenia, donde en el momento actual se construyen grandes cuarteles y depósitos de armas. El punto de apoyo principal de Inglaterra, que estaba en Egipto y de allí fué desplazado a Chipre, sería así trasladado al Africa Oriental, que equidista aproximadamente de Egipto, Mesopotamia y la India. Para llevar a la práctica esta política en lo militar es imprescindible que se hagan restricciones en otras partes. Sobre todo para conseguir reunir el número necesario de aviones de transporte, extremo que falló en la expedición de Suez. De esta manera, el contingente que sufriría principalmente reducciones sería el estacionado en Alemania, ya que es imposible estar dispuesto a una intervención simultánea en dos frentes, o sea, en Europa y en Ultramar.

Las tropas necesarias para formar un frente continuo a lo largo del telón de acero no pueden ser aportadas por la N. A. T. O. de ninguna forma; de ahí que la situación cambie bien poco si estas tropas aumentan o no en número. A partir del año 1960 se podrían conseguir además restricciones gracias a la supresión del servicio obligatorio. De esta forma se desinteresa la Gran Bretaña de la defensa de Europa en sentido tradicional, si exceptuamos una participación de orden más bien simbólico.

Los británicos creen muy poco en la probabilidad de una agresión súbita por parte soviética en Europa, en lo cual hay que concederles que tienen razón. Pero si llegase el momento de un ataque a la Europa Occidental existiría automáticamente —en opinión inglesa— un *casus belli* suficiente para provocar una conflagración

general de tipo atómico. En tal caso carecería de importancia la cantidad de tropas que estuvieran estacionadas en Alemania; antes bien, cuantos menos mejor, de acuerdo con la experiencia hecha en Dunquerque. Por otra parte, es muy poco probable en una guerra atómica un desembarco en forma masiva, como el que sucedió en Normandía durante la última guerra; la consecuencia es que no existirían muchas probabilidades de una invasión de las Islas británicas. Una operación de esta envergadura sólo podría llevarse a cabo desde las costas del Canal de la Mancha, cuya ocupación por los soviéticos iría precedida siempre por una guerra atómica general. Aun cuando todas estas consideraciones —vistas con ojos británicos— puedan parecer lógicas constituyen, sin embargo, un razonamiento erróneo.

Los ingleses jamás han sido soldados según nuestro modo de pensar continental. Desde siempre, pero particularmente desde las guerras napolónicas, han razonado pensando en constituir Cuerpos Expedicionarios, lo cual se debe en último término a su posición insular. No tienen absolutamente en cuenta, ni siquiera lo comprenden, el hecho de que la Historia del Mundo hubiera variado de rumbo si los ingleses hubieran tenido —al igual que los demás países europeos— desde principios de siglo un sistema defensivo edificado sobre la base del servicio militar obligatorio. La fortaleza inglesa ha sido debilitada más por las victorias pírricas obtenidas en los campos de batalla europeos que por la evolución de las colonias; esas victorias a lo Pirro han debilitado la posición de Inglaterra en los territorios de Ultramar. Pero sería tarea muy ardua hacer comprender a un inglés que si en mayo de 1940 hubiera habido en Bélgica 30 Divisiones británicas en vez de ocho, hubiera sido muy difícil que los alemanes hubieran logrado la ruptura del frente en Sedán. Pero aún es mucho más verosímil que Hitler no se habría atrevido a iniciar la guerra. Inglaterra podía haber puesto en pie dichas tropas perfectamente —dados sus 48 millones de habitantes—, a pesar de la necesidad de tener que equipar fuerzas navales y aéreas en número superior a las demás naciones europeas. Así tardaron los ingleses dos años completos en desarrollar al máximo su capacidad combativa, mientras que los países continentales lo hicieron en el término de pocas semanas. En ese período crítico tuvieron que encajar una derrota detrás de otra y el equilibrar estas derrotas en la segunda mitad de la guerra fué muchísimo más caro que el entretenimiento

de un sistema defensivo normal en tiempo de paz. Y, a fin de cuentas, tampoco se han salvado del servicio militar obligatorio.

Es más bien dudoso que en la época actual se puedan llevar a cabo con éxito guerras localizadas en territorios de Ultramar con ejércitos profesionales pequeños, tal como se hacía antiguamente. ¡Ay de la potencia que se mete en tal aventura! Incluso cuando se trata de enemigos —como los Estados del Oriente Medio— cuyas tropas regulares, en cuanto a su valor combativo, no se puedan comparar con las tropas europeas. Es probable que estas últimas consiguieran en unas cuantas «operaciones relámpago» llevar fácilmente la guerra a un final victorioso, pero no lograrían impedir la creación de una guerra de menor escala que —a pesar de todos los éxitos obtenidos— puede alargarse años y años impidiendo toda libertad de maniobra. Es decir, que, aun en las guerras locales, es precisa la existencia de una Infantería ligera suficientemente numerosa para poder ocupar el territorio conquistado con suficientes garantías. Los métodos de la «diplomacia de cañonero» son hoy en día ineficaces. Antiguamente solamente había que combatir con unos cuantos pachás y sus soldados, mal equipados además. La masa del pueblo, que es la que sostiene una guerra de guerrillas, era entonces indiferente políticamente. Pero esa masa ha entrado en movimiento y sobre ella basa Moscú su estrategia subversiva, mientras que nosotros todavía tratamos de apoyarnos en los tronos tambaleantes de unos cuantos déspotas orientales. El Este tiene una ideología que «vender», mientras que nosotros sólo podemos, a lo más, «comprar» unas pocas personalidades en las que apenas se pueden confiar.

Para luchar contra 16.000 bandidos en Africa del Norte se precisan 400.000 soldados franceses, de los cuales la mayoría no llegará a disparar jamás un solo tiro, pero cuya presencia es imprescindible. Una guerra de guerrillas moderna, como la norteafricana, consume mensualmente 30.000 millones de francos y como en un mes sólo se liquidan unos 300 terroristas les cuesta a los contribuyentes franceses cada uno diez millones de francos. ¿Acaso no se dice muchas veces que el camino «pacífico» para llegar al comunismo conduce a través de las ruinas del valor del dinero? También los ingleses —por muy moderno que sea su pequeño ejército profesional— pueden verse envueltos algún día en una situación parecida.

El utilizar expresiones —como la de «guerra local»— cuyo

*sentido no está totalmente aclarado puede llevarnos fácilmente a malentendidos. Porque cosas como «guerras locales» apenas pueden darse ya. Para Moscú no existe más que un sólo teatro gigantesco de guerra, que comprende todo el espacio desde Noruega hasta el Golfo Pérsico y Africa del Norte; para China, el equivalente es todo el Este de Asia. En estos teatros de guerra la lucha se lleva a cabo principalmente según una estrategia subversiva. Lo que en Occidente llamamos «guerra local» constituye para ellos una serie de batallas de la lucha por el predominio mundial. Dondequiera que exista una posibilidad se estimulan revoluciones y cada vez que se origina un conflicto independiente de Moscú se trata de acoplarlo dentro del marco uniforme de la estrategia comunista.*

En el gran campo de batalla que hoy en día constituye el mundo todo está interrelacionado, lo cual —dados los intereses creados— es más que lógico. Una intervención de las potencias occidentales en un sitio provoca en otro una reacción en cadena. Si queremos aclararlo con un ejemplo imaginario podríamos decir que un aterrizaje de tropas en Jordania no podría ser indiferente para Siria, lo que —naturalmente— tendría por consecuencia una concentración de tropas turcas en la frontera. Los soviéticos —por su parte— amenazarían con medidas militares en el Cáucaso, Bulgaria concentraría sus tropas en la frontera de Tracia y, en último extremo, todas estas tensiones se traducirían al campo de fuerzas europeo, o sea, al frente principal entre el Este y el Oeste. Sin estar protegidos en Europa Central por un escudo que defienda contra toda clase de ataques —mediante un sistema defensivo que no obligue a la intervención de las armas atómicas para solucionar todos los casos— no es posible recuperar en los territorios de Ultramar la libertad de acción.

El destino de Europa no se solventará en una guerra atómica generalizada, sino en una serie de revoluciones y levantamientos. Los rusos tratan de enredarnos en una «guerra ideológica de dos frentes», uno de los cuales estaría en Europa y el otro en Ultramar. Esta lucha sólo la podremos ganar si a lo largo del Elba existe una defensa suficiente. La potencia militar soviética parece tener más bien una finalidad política como amenaza; manteniendo así las tropas en pie de guerra la lucha subversiva se puede desarrollar más eficazmente bajo la protección de sus bayonetas.

Es difícil predecir cómo podría defenderse el Oeste en esta situación con armas atómicas, pues las potencias atlánticas declaran una y otra vez que no piensan hacer uso preventivo de las mismas. Por otro lado, la política soviética evitará cuidadosamente el ofrecer un blanco concreto. El destino de Europa no se decidirá a lo largo del Elba, sino entre el Golfo Pérsico y la costa atlántica de Marruecos. Para la terminología soviética, la «coexistencia competitiva» significa una política mediante la cual tratan de vencer a Europa a través de una disolución general. Esto quiere decir que la política se caracterizaría por un continuo barrenar con creación de toda clase de alteraciones: ¡una guerra que no es tal y, sin embargo, lo es! Es un procedimiento a base de pasos pequeños, cuidadosamente calculados, en que Moscú se encuentra en una posición inmejorable desde el punto de vista del Derecho internacional. Incluso amparará aquellos pueblos que luchan por su autodeterminación. Todo esto hará que los próximos diez o veinte años apenas transcurran más pacíficos que los últimos cincuenta. Si Europa quiere imponerse no se podrán evitar conflictos, aun cuando es lógico que en estas guerras locales jueguen un papel no despreciable las armas atómicas. Pues mientras se amenaza con armas atómicas se lucha con armamento convencional y ¡ay de aquél que en esta lucha tenga los nervios más débiles y capitule sencillamente atemorizado por las amenazas! O ¡pobre de aquél que, aterrorizado, lance la primera bomba atómica! En estas batallas de nervios es importante que señalemos que la tentación de amenazar con armas atómicas, o de lanzarlas incluso, es menor cuanto mayor es el potencial en armamento convencional.

Con su idea del rearme los ingleses han dado de lado por completo la posibilidad de formar un escudo defensivo en Europa. Hay que esperar a ver si los demás países, para los que los planes defensivos, edificados sobre la base de la ayuda americana, comienzan a ser también insoportables —les seguirán en esta actitud o no—. Los razonamientos militares que hemos expuesto marchan paralelos, como es natural, con consideraciones políticas en Londres. Según éstas, el escudo protector del Occidente europeo debería ser sustituido por una zona neutral, estrecha, desmilitarizada o bien sujeta a control aéreo. Todos estos conceptos, que en el fondo tienen una misma finalidad, no pueden ser más que una medida de tipo provisional. La neutralización exclusiva de Ale-



mania sería más perjudicial para el Oeste que para el Este, pues aun disminuiría más lo que queda de una Europa libre —esa pequeña «península de Asia»— y se perdería uno de sus miembros más importantes. Si Inglaterra se aparta, la defensa de Europa se reducirá a Francia, los países del Benelux y las cinco Divisiones americanas, que, en caso de neutralización, serían además retiradas. Y hay que tener finalmente en cuenta que América está comprometida por un tiempo indefinido en el lejano Oriente y, desde hace poco, en el Medio Oriente, tal como lo está Francia en el Norte de Africa.

Aquellos que creen en la existencia de una zona neutral, que comprendería además de Alemania, Polonia, Austria, Checoslovaquia, Hungría, Rumanía y Bulgaria, son unos meros soñadores. Visto desde el lado ruso significaría nada menos que reinstaurar a Alemania en su esfera clásica de influencia, en un espacio en que más tarde o más temprano —y acaso involuntariamente— tomaría el mando como gran potencia. ¿No conduciría en último extremo una política de esta naturaleza de nuevo al viejo plan Naumann de una «Mitropa»? ¡Y nada es más temido en Moscú! Pues en las dos guerras mundiales esta «Mitropa» hubiera vencido por un pelo a Rusia, teniendo en cuenta que Alemania luchaba con uno de sus brazos sujeto en el Oeste. ¿Qué sucedería en el instante en que Alemania tuviera ambas manos libres en el Este? ¿O, incluso, fuera apoyada por el Occidente? Hay que carecer por completo de comprensión frente al imperialismo soviético para creer que Moscú pueda tomar en serio tales consideraciones, a no ser que se verificara en condiciones que permitieran extender en el curso de pocos años la esfera de influencia soviética hasta el Rhin. ¿Por qué iban los rusos a retirarse de su adelantado europeo si desde allí pueden mantener una amenaza constante sobre el resto de Europa y además envolverlo a través del Oriente Medio y el Norte de Africa? ¿Qué puede ofrecer a cambio el Occidente?

Sería tarea difícil encajar en esta imagen del mundo la bomba de hidrógeno, con la que ha de salvarse el Imperio inglés. Uno de los hombres de estado más grandes de Inglaterra, Gladstone, dijo una vez que para hacer política a lo grande era preciso estudiar mapamundis pequeños. Sería de desear que Londres siguiera hoy ese sabio consejo. Podría comprobar entonces que la evolución técnica ha convertido a Inglaterra en una potencia conti-

mental, pues el Canal de la Mancha puede cruzarse por avión en quince minutos. En cambio, el Canadá está a diecisiete horas de avión y Australia a veintiocho. Estos dos dominios serán atraídos inevitablemente, y poco a poco, por el campo de fuerzas, que es Norteamérica, mientras que las colonias que queden serán dispersadas una detrás de otra por la fuerza centrífuga del nacionalismo de color. Una Europa unida sólo puede realizarse si se mantiene sobre tres pies: Inglaterra, Alemania y Francia. Si no llegara a Constituirse una Europa unida, estarían también contados los días de Inglaterra, mientras que dentro de una comunidad de mayor alcance todavía podría mantenerse durante largo tiempo a la cabeza. Sólo así sería factible salvaguardar los intereses comunes de todos los europeos también en las demás partes del mundo. Solamente una Europa unida, que se apoye en su base natural: —Africa—, puede sobrevivir *entre* América y Rusia y junto a las potencias mundiales del mañana, China y la India.

FERDINAND OTTO MIKSCHÉ